

De cómo conocí a Soledad Paipay

M. Iván Pérez Fernández

La parte primera

*Es una gran suerte
no saber con exactitud
en qué mundo vivimos.*

Wisława Szymborska, de su poema "Es una gran suerte"

Soledad Paipay venía a urgencias por las noches, sobre las dos. El pijama de franela puesto, el batín enhiesto encima como si todavía colgara de algún perchero que la oscuridad no dejaba ver. El pelo boscoso, repleto de respuntes de hilo recio de bala, sin ningún tipo de mimos desde demasiado tiempo atrás. Soledad tenía las lágrimas escarchadas justo en los bordes de la barbilla, amontonadas allí como icebergs perdidos en la mar. Un solo labio, un labio línea, tembloroso de la rutina de llorar. La cara llena de montañosos realces andinos, del Perú quizá.

Soledad Paipay daba sus datos en la ventanilla enseñando tímida su tarjeta. La saludaban con cierta familiaridad y cuando ella dejaba la tarjeta sobre el mármol deslucido ellos se la devolvían empujándola con el dedo sin ni siquiera mirarla. Buenas noches, Soledad, ¿lo de siempre?, y ella asentía incómoda como si aquella fuera la barra de un bar de madrugada y ella la cliente habitual. Esperaba ordenada la fila, paciente, sin dejar de lado ese llanto desgarrado y los furtivos dolores de muelas, los esguinces más hinchados y retorcidos, los cólicos nefríticos doblados por la mitad la observaban inquietos buscándole causa a su dolor. Sin saber que a veces el dolor es esa capa negra en las cebollas que uno solo encuentra después de desmigajarlas.

Yo acababa de llegar. Era nuevo en el servicio, nuevo en la profesión, nuevo en la vida. Recuerdo la sonrisa de orgullo cuando me pavoneaba diciendo que trabajaba en urgencias como si aquello me diera un halo divino que solo yo era capaz de ver. Pero lo cierto es que tenía miedo, un miedo novicio que bullía en mi interior alimentado por mi inseguridad. Cada vez que tenía que ir a trabajar me convertía en un insomne inquieto que pasaba la noche haciendo breves intermitencias con los ojos. Otras veces era incapaz de comer porque en mi estómago se había instaurado una jauría de nervios que lo copaba todo con sus dentelladas. Y es que urgencias no es lugar para nuevos. Lo sabes enseguida, con los aullidos anaranjados de la primera ambulancia y con las primeras camillas abriéndose paso a toda velocidad, lo sabes con la gota fría que te recorre la espalda amenazando siempre con algo peor, con las canas brillantes que van apareciendo así, sin más, lo sabes cuando te estorbas o cuando tus esfuerzos por ayudar te provocan una despiadada desazón y ya al final, muy al final, te lo acaba susurrando todo el rato el corazón advirtiéndote de que se está viendo obligado a adelantar muchos de los latidos de su vida útil en una forzada obsolescencia.

Cuando Soledad Paipay llegaba, todo el servicio sabía qué hacer. Todos menos yo. Enseguida alguien se hacía cargo de todo. Descolgaba el teléfono, marcaba un número de memoria y cuando La Voz contestaba al otro lado se limitaba a decir: Soledad Paipay llegó. Esas eran las palabras mágicas que terminaban la conversación. Luego, sin que nadie se diera cuenta, Soledad Paipay ya se había esfumado de su silla y a nadie parecía preocuparle adonde había ido. O quizá todos lo sabían. Los novatos que creían haberla visto decían de La Voz que llegaba envuelta en una neblina misteriosa y cruzaba los pasillos atestados con la familiaridad de la madre que pasea por el hogar. Entre los cientos de pacientes, los familiares y el numeroso personal que iba y venía La Voz resultaba del todo invisible. Una más en el ordenado caos del hormiguero. Tardé mucho tiempo en saber quién era la voz, quién se ocultaba en ese continente atlántico demasiado lejano como para poder llegar a él. Para mí todo aquello se convirtió en un aliciente para ir a trabajar. Deseaba que llegasen las dos. Que

Soledad Paipay volviera con la tristeza a cuestas y que como cada noche volviera a desaparecer como una Cenicienta melancólica. Si he de ser sincero me molestaba estar fuera del círculo que envolvía todo aquel secreto. En aquella época no podía dejar de fantasear todo el rato con La Voz, no podía sacármela de la cabeza, quería saber de ella, quería saber qué tenía que ver con Soledad Paipay. Cuál era la relación. Merodeaba por el hospital tratando de adivinar el rumor que saldría de su boca, el tono dulce o agrio que utilizaría. Escuchaba en la cafetería, por los pasillos, a través de los teléfonos y si de pronto alguna voz me llamaba la atención me quedaba largos ratos observando a la persona, intentando descifrar las pistas que me dibujaran a La Voz. A menudo pensaba en cuánto tiempo debía pasar para que pudiese descolgar el teléfono, marcar el número y hablar yo mismo con La Voz. Pero todo era en vano, el tiempo no suele dejar pistas.

Cuando abres la puerta de un office siempre se te viene encima un olor eterno a café, como si las paredes, los sillones o incluso las personas estuvieran rellenas de minúsculos granos de café y destilaran con cada respiración su dosis de cafeína. Si no se tiene cuidado y se cierra la puerta con la suficiente rapidez, las vaharadas a veces escapan y cruzan rápido los pasillos haciendo relamerse y sonreír a muchas de las personas que son atendidas. Los office son los puertos francos del compañerismo, los lugares donde se aprenden las cosas que no te enseñan en la facultad. Uno aprende allí dentro a tratar a las personas y eso no es más que el suelo firme de la enfermería. En los office te haces con la manivela que mueve al compañero serio o con el punto neutral del que no para de gastar bromas. Aprendes a aceptar los golpes o a esquivarlos. A fluir como el trabajo. Es un viaje a un lugar extrovertido, totalmente diferente del que dejas detrás al cerrar la puerta. Es el parque, es la playa, es el restaurante mágico de una cena romántica o el salón hogareño donde se celebran la Navidad y el Fin de año. A veces incluso el amor revolotea de aquí para allá. Es lo que logra mantenernos fuera estando dentro. Allí las conversaciones se mezclan y se vuelven ruidosas, allí se comentan los casos más graves y los fumadores aprovechan para acabar con sus cigarros de un sorbo. Es probable que los office sean los bares clandestinos del hospital, abiertos las veinticuatro horas del día, pero escondidos de todos aquellos que no vayan con el uniforme de nuestro secreto club; Pijama y zuecos de colores Gaudí. En ese momento yo permanecía en silencio en una esquina, oculto tras las cabriolas del humo y oía a los veteranos contarse en dos o tres palabras los intentos de autólisis más salvajes, las rabdomiolisis, las hemorragias digestivas o los bloqueos cardíacos más graves. Soledad Paipay nunca aparecía. Nunca oí su nombre flotar en las conversaciones. Todo con ella era distinto. Había un pacto tácito de envolverla en un velo oscuro, de protegerla quizá. Una vez se me ocurrió preguntar, pulsión de novato, puse la más encantadora de las sonrisas y lancé la pregunta al vacío. Las voces se apagaron para mirarme, cortantes, podía oír con claridad el ruido que hacen los cigarros al consumirse despacio entre los dedos amarillentos. El bullicio, las quejas, los suspiros, todo entraba como una exhalación por el diminuto ojo de la cerradura. Nadie iba a contestar, lo leía en sus caras, algunos ni siquiera sabían quién era o cómo me llamaba. Nadie dijo nada, como nadie reparó tampoco en la cafetera cuando empezó a silbar como una locomotora. Nadie. Poco a poco el office se fue vaciando en una letanía amodorrada hasta que me quedé allí solo con todo ese café quemado.

Lo más increíble de todo es que solo logré hablar con La Voz por pura coincidencia. Una noche entré a la sala de medicina interna a la carrera para avisar a una compañera de que la buscaban de forma urgente en pediatría. Es un niño, está muy malito, le dije, no logran cogerle una vía y ella salió a toda prisa por el pasillo. Respiré aliviado de haber cumplido con los deberes de un novato y reparé en que ella había dejado el teléfono descolgado. Lo agarré, todavía hoy no sé el porqué y me lo puse sobre la oreja. Esperé un momento en silencio, tapando el auricular con mi mano. Miré el reloj que colgaba de la pared, eran las dos. Soledad Paipay llegó, dije, y allí estaba La Voz.

Traté de llegar. Juro que corrí por los pasillos. Esperanzado de que de una vez por todas iba a poder ver a la La Voz, de que con suerte ella quizá compartiría su gran secreto conmigo. Sonreía. Después de todo lo había conseguido, había hablado con La Voz, le había dicho las palabras mágicas. Pero como siempre la vida termina por abrirse paso y hace que suene la alarma del cuarto de parada y hace que todos corramos a ayudar porque todo el mundo sabe, incluso los novatos, que esa alarma solo se toca para anunciar que hay una vida en juego. Hagan sus apuestas señoras y señores, tres contra uno, y todo se vuelve lento y exasperante. Las bocas parlotean como si se pudieran alargar las palabras el tamaño de una eternidad. Es un tráfico me gritan y las camillas galopan con las fracturas a cuestas. Una mujer. Dos niñas. Un borracho. Y las palabras de pronto cobran sentido y comienzan a hablar nuestra lengua, nuestro idioma de adrenalinas y morfina, de vías centrales e intubaciones heroicas. Un ballet clásico sirviendo su mejor coreografía, nadie sobra, nadie falta, todo en su justa medida. Es ese torbellino que te absorbe cuando tiras del brazo de una vida que se apaga. Todo va a salir bien, le dices, y luego la miras a los ojos para que sepa que eres de fiar, que no piensas dejarla sola, que estás dispuesto a hundirte con el barco y te limpias como puedes el sudor que llueve sin cesar esta maldita tempestad. Luego, más tarde, cuando ya el peligro más inminente se ha calmado, las piernas comienzan a temblarte o puede que no hayan dejado de hacerlo, es difícil de saber, y debes sin remedio sentarte para evitar que te jueguen una mala pasada. Da igual los años que lleves haciéndolo, da igual la templanza o todos tus conocimientos, las piernas siempre temblarán al ritmo energético de tu corazón.

Cuando todo pasó, continué mi camino hacia Soledad sabiendo que ya no estaría, que era demasiado tarde y la función habría terminado. Ni siquiera fui capaz de encontrar el rastro frío de sus lágrimas. Se habían secado. Quizá para siempre. Después de esa noche Soledad Paipay Olivares ya no volvió a aparecer por urgencias. Nunca más. El hecho de que el reloj marcara cada noche las dos perdió cualquier atisbo de magia y con el tiempo dejé de prestar atención a las voces de las personas en mi particular búsqueda de La Voz. Todo fue envuelto en un cuidado papel celofán y colocado con delicadeza en una esquina de mi memoria como se hace con las cosas importantes en las mudanzas. Quizá algún día tendría que desenvolver a Soledad Paipay y ponerla de nuevo sobre una repisa. Todo sin saber que estaba en lo cierto, que habría de encontrarme con Soledad una vez más.

La parte segunda

*Somos sumamente corteses el uno con el otro,
decimos: qué agradable encontrarnos después de tantos años.*

Wisława Szymborska, de su poema Encuentro Inesperado

Leí su nombre cientos de veces antes de entrar en su habitación. Soledad Paipay Olivares, Soledad Paipay, Soledad. Mis compañeras me miraban sin saber muy bien por qué temblaba, por qué parecía haber enmudecido de pronto. No eran capaces de escuchar el ruido fiero del celofán cuando se desenvuelve con miedo y ansiedad. Han dicho que quería la epidural, que estaba con cinco, me decían. Y yo asentía queriendo ir, queriendo entrar a su habitación y tratarla como una mujer más, pero ella no era una mujer más. Era Soledad. Mi soledad.

Seguía teniendo los surcos profundos de la tristeza. Más ajados quizá por el dolor intermitente de las contracciones. Las lágrimas cambiadas por el sudor, alguna cana extranjera en todo ese mar azabache. Pero era ella. Igual de frágil, igual de hermética. Me observaba con la mirada perdida de la que lo está pasando mal, resopló, respiró y al final gritó casi para sí. Me agarró la mano con fuerza y me susurró ayuda. A mí. Su marido me imploraba con los ojos, con las cejas, con sus lágrimas. Me quedé inmóvil, helado, imagino que ella también vería en mí la misma mirada perdida de los que andamos a la deriva. Y solo fui capaz de reaccionar porque don enfermero, muerto de impaciencia, se colocó refunfuñando mi cuerpo como un guante y empezó a moverme como el mejor titiritero. Él fue el que avisó al anestesista de que había una epidural, imitaba mi voz con tanta exquisitez que por un momento me vi desapareciendo, consumido, olvidado en algún rincón. Fue él el que la serenó y le dijo que claro que iba a poder, el que le pasó la mano por la frente y le recogió ese pelo ingobernable para que el agobio fuera menor. Yo me preguntaba todo el rato qué sentiría, cuál sería el tacto de Soledad, de si estaría caliente o helada, de si sonaría a hueca cuando sus manos se posaban en sus hombros. Lo envidiaba tanto. Me despreciaba tanto. Cuando la analgesia hizo su efecto, Soledad entró de nuevo dentro de su semblante. Su marido pareció recobrar la cordura y la besaba en la frente con el cariño tierno de un padre. Yo caí en una silla, a los pies de su cama, desfallecido.

Hablamos de muchas cosas. De cosas sin importancia al principio. Estábamos en la periferia de las conversaciones, rodeándonos, observándonos como fieras que se miden los colmillos. Y así hubiésemos podido estar toda una vida, quizá necesitaríamos ese tiempo para conocernos y contarnos las confidencias. Pero en un parto todo se difumina, hasta el mismísimo tiempo. Todo se condensa en apenas unas horas. Es el fin no solo a nueve meses de espera sino quizá a toda una vida. Y los afectos se estrechan porque la situación lo motiva, porque todo lleva esa dirección y no hay otro camino. ¿Cómo poner barreras a tanto sentimiento? Lo normal es que explote, que bañe la orilla como una marea y que al final alguno llore al contar que tampoco su padre pudo conocer a su nieto.

Soledad sonreía. Nunca había imaginado que aquello fuera posible. Sonreía con naturalidad. Se va a llamar Javier, me decía, Javierito, con ese gozo en la voz de los andinos. Pero yo notaba sus pequeñas ausencias, a veces se marchaba dejándonos allí fuera y corría a reunirse con la Soledad de las dos de la

mañana. Yo la seguía hasta la esquina donde doblaba y desaparecía para siempre. Se levantaba entonces una neblina densa que cortaba el aliento y desde la que muy adentro La Voz me susurraba Soledad Paipay llegó. Al momento ambos despertábamos y nos reíamos de alguna anécdota que contaba su marido.

Aproveché cuando él se fue a comer. Hablaba con Soledad de su visión de la educación para los hijos. En esos momentos en casa tratábamos de elegir colegio y todo nos parecía un escollo infranqueable. Así que quería recolectar todas las opiniones, todos los puntos de vista. No había nada perfecto, eso estaba claro. Si no era el precio desorbitado era la tendencia de algunos centros de convertir los años de escuela en una condena a trabajos forzados. Veía entrando en fila a todos esos niños famélicos vestidos con enormes uniformes heredados, cargando de esas enormes mochilas de libros y no podía dejar de imaginar que allí los conocimientos se debían adquirir con pico y pala bajo un sol abrasador. Ella quería una educación basada en el cariño. Me gustó el eslogan y me pregunté si allí en Los Andes los maestros enseñarían con besos y abrazos.

¿Por qué ibas a urgencias cada noche?

Ella se quedó pálida y yo me sentí repugnante. El señor enfermero me gritaba, me regañaba por el poco tacto, por las formas. Habían saltado todas las alarmas enfermeras, el suelo se tambaleaba y los empleados corrían para ponerse a salvo.

Y hablé.

Te recuerdo de aquella época, ¿sabes? Yo acaba de empezar a trabajar allí y bueno, te vi, muchas veces te vi. Y nunca pude ayudarte, saber qué te había sucedido. Y ahora estás aquí y yo... lo siento. No debí preguntarte. Soy un imbécil.

Y habló.

Siempre dicen los viejos que los jóvenes son inconscientes, que va en el carácter y que es un mal que el tiempo termina curando. Yo era joven, todavía no tenía el tiempo. Conocí a un chico en una fiesta, tonteamos y ya sabes, apareció el amor. Allí los chicos tienen la costumbre de cortejar durante un tiempo y las chicas nos prestamos a ello. Nos gustan los halagos, las flores, las palabras bonitas. Él era muy lindo. Muy tierno. No fue difícil enamorarse hasta hoy. Me quedé embarazada, estábamos a punto de entrar en la universidad, de intentar empezar a ser lo que siempre habíamos querido. Nuestros sueños, nuestras ilusiones. Por supuesto que queríamos ser padres, pero aquello nos venía grande a los dos. Demasiado grande. Allá en mi país venden las pastillas para abortar en las farmacias. Debes pasar el mal trago de pedir las delante de la gente, pero creo que no es castigo suficiente para lo que íbamos a hacer. He pensado mucho en ello desde entonces. Mucho. Con tres o cuatro pastillas bastaba. Las colocabas en la vagina y era cuestión de horas que empezaras a manchar. Me metí toda la caja. Dieciséis pastillas. Quería ser abogada, me gustaban las leyes, el derecho penal. Me veía en las cortes, con los magistrados, pidiendo la venia en mis casos. Sueños. A veces el tiempo

también cura los sueños, les quita todo lo que parece irreal. Solo había que esperar. Esperamos y vino la sangre. Mucha sangre. Estuvimos a punto de ir al hospital y ojalá lo hubiésemos hecho, pero la sangre cesó y todo pareció ir a mejor. Yo era creyente y había matado. Eso no pareció ir a mejor. A menudo lloraba sin motivo o les gritaba a mis padres o a mis amigas. No quería estar para nadie, ni siquiera para mí misma. Dejé de lado los estudios. Todo era demasiado complicado. A mis padres no les gustaba que saliera con un pobre pobrecito como decían ellos. Todo eran gritos en casa. Mi marido era de un barrio muy humilde y trabajaba de noche para poder estudiar. No podía entender que no quisieran al menos conocerlo, ver qué clase de persona era. Era insoportable. Uno alarga el tiempo de los momentos malos, sobre todo cuando uno piensa que se los merece. Y entonces lo noté. Al principio creí que eran gases. Pero en poco tiempo supe que seguía embarazada. Corrí a decírselo a mi marido. Él me abrazó y susurró que todo iría bien, cariño. Ya supe que nunca nos separaríamos, que daría igual lo que pasara. Decidimos irnos. Cambiar de vida. Por eso vinimos. Aquí comenzamos a trabajar y pudimos alquilar un pequeño pisito muy muy cerca del hospital. Cruzando la calle. Estábamos ilusionados con el bebé, nos sentábamos largos ratos en el sofá, solo queríamos notar cómo se movía. Era un torbellino. Nuestra vida giraba en torno a él. De nuevo todo pareció ir mejor. Hasta que un día vine al hospital porque el bebé se movía poco. Murió. Acá dentro, se murió. Yo era su ataúd, su madre y su ataúd.

Llora.

Vuelve a ser la Soledad de las dos de la mañana.

La abrazo.

Lloro. No sé el tiempo.

Una compañera viene a buscarme. Tienes una llamada, me dice. Ahora no puedo. Dicen que es urgente. Agarro la mano de Soledad y le digo que enseguida vuelvo. Ella asiente y se seca las lágrimas heladas.

¿Quién es?, pregunto. Reme, me contestan las compañeras. No he conocido a Reme todavía. Es otra matrona que lleva bastante tiempo de baja, creo que una operación de columna.

Hola, digo. ¿Soledad Paipay llegó?, me dice.

Y solo con oír Soledad ya sé que hablo con La Voz.

Entro de nuevo a la habitación. Acaba de llamar Reme, le digo. Y a ella se le saltan las lágrimas, como si llorar fuera lo más fácil del mundo.

Reme fue la que me atendió. Me ayudó mucho durante el parto. Y después también. ¿Venías a verla a ella? Y ella asiente.

Estuve cuatro horas con el bebé en mis brazos. Al principio no quería verlo, solo quería que me lo sacaran de acá dentro, que todo acabara cuanto antes. En aquellos momentos veía todo como un cruel castigo de Dios. Algún tipo de broma macabra. Reme lo preparó, lo envolvió y me lo puso a mi lado. Lo tocamos, pasamos nuestros dedos enormes por sus deditos, lo recorrimos conociéndolo, aprendiéndolo de memoria. No podíamos dejar de llorar, era tan lindo. Estaba intacto como si nunca hubiese vivido o tampoco muerto. Ella estuvo a nuestro lado, dejándonos solos cuando era necesario y abrazándonos cuando lo necesitábamos. No imaginas lo solitario que puede ser un duelo. Recuerdo que cuando ella se presentó nos dijo que se llamaba Reme y que estaba allí para acompañarnos. Si lo pienso, y te prometo que lo he pensado muchas veces, no pudimos encontrar a nadie mejor que nos acompañara en ese momento. Nos llevó de la mano sin apenas conocernos. Una desconocida que se nos hizo familiar en unas pocas horas. Alguien desde allá arriba no las envió, sin duda.

Salimos del hospital llevando a casa un enorme vacío. Lloré. Recé. Maldije. Odié. Mi marido se había adelantado y había quitado de la habitación todas las cosas del bebé, luego la había pintado de un blanco neutro. Imagino el infierno que tuvo que pasar. Algo de él se fue durante esos días con cada brochazo. Que no hubiese nada relacionado con el bebé solo hacía que pensara mucho más en él. Era tan doloroso. Tan incomprendible. No se cuándo empecé a oírlo llorar. Pero lo oía como ahora te veo a ti. Claramente. Me levantaba y lo buscaba sin poder encontrarlo, sin poder dar con él. Me paseaba por la casa moviendo los muebles por si se había caído por una rendija. Te prometo que sabía que el bebé no estaba, pero ese llanto era tan real que no podía ignorarlo. El llanto a veces venía de fuera. Por eso empecé a salir a la calle, quizá alguien se lo había llevado. Mi marido trabajaba de noche y no sabía de mis viajes. Deambulaba por las calles, bajo el frío, bajo la lluvia. Daba igual. Una vez la policía me encontró en medio de la calle. Los coches me pitaban, loca, apártate de ahí. Y yo los miraba por si detrás llevaban escondido a mi bebé. Muy amables me trajeron al hospital. Quizá pensaron que había escapado de aquí. En urgencias me hacían preguntas y yo no sabía qué contestarles. Oigo a mi bebé, les dije. Está vivo. Ayúdenme a encontrarlo, por favor. Por favor, búsqenlo. Y por casualidad vi a Reme pasar. Había salido a tomar un poco el aire y a fumarse un cigarro. Se acercó y me abrazó durante un rato. Luego habló con los médicos, supongo que para contarles mi caso. Cuando estuvimos a solas le pregunté por mi bebé. Soledad, tu bebé ya no está, ¿recuerdas? Y entonces todo mi mundo se ponía derecho y yo lloraba hasta que dejaba de oír a mi bebé y pedía volver a casa y con suerte dormir unas horas. Estuve cuatro años acudiendo a urgencias. Cuatro años. Sabía que era una locura, que la gente pensaría que estaba completamente majara, pero por más que lo intentaba no podía parar, solo dejaba de oír al bebé si hablaba con Reme. Por supuesto me llegué a aprender sus turnos y su efecto sedante me duraba algunas noches. Por eso huí. Nos trasladamos a otra ciudad y le conté a mi marido lo que sucedía. Me juró que no

pasaría ninguna otra noche fuera de casa. El pobre hacía guardia cada noche frente a la puerta. Pedimos ayuda. Nos ayudaron. Creo que logré curarme, si es que el dolor tiene alguna cura. Por lo menos ya no lo oigo llorar. Por eso hemos decidido venir de nuevo a parir aquí. No se nos ocurría un sitio mejor para que naciera nuestro bebé.

Lloro.

Por más que lo intento, lloro.

Pero la vida vuelve a abrirse paso y Soledad me dice de pronto que tiene ganas de empujar, que madre mía como empuja el bebé, que nota la cabeza ahí mismito, mírame, por favor, que se sale, mírame. Justo en ese momento llega su marido que ve asomar los primeros pelos tizón de su hija y no puede contener las lágrimas. Creo que ninguno puede. Empuja, Soledad, empuja con fuerza. Y la cabecita se abre paso, moviéndose, buscando la postura correcta, la mejor posición. Todo va despacio, como deben ocurrir los sueños y la mayoría de los momentos mágicos. Y la carne se distiende como un lindo telón de la vida, dejando ver las luces, los aplausos, las ganas de aparecer en escena. Todo parece tan bonito ahí fuera. Luego el llanto por el frío estrenado y los abrazos y los besos y el amor más puro que se conoce.

Reme me observa desde la puerta. Reme debe andar cerca del metro noventa y a la sonrisa se le queda pequeña la cara. Pese a la alegría desprende un hálito sereno y cálido, como si estuviera dispuesta a cuidarte aunque no fueras su hijo. Apoyada en su bastón parece un gran roble que ha comenzado a doblarse. Le caen algunas lágrimas que recorren su cara con calma, como si la acariciaran. La Voz. La Voz está ahí, de pie, mirándome. Soledad llora de alegría. Su marido la abraza, liberando todos esos nervios contenidos durante años hasta que algo por fin sale realmente bien. Reme se acerca y me susurra al oído un gracias que no creo que pueda olvidar nunca. Gracias a ti, le digo, por dejarme entrar en este maravilloso círculo. Y ella me mira sin entender nada. En silencio salgo de la habitación y los dejo allí para que puedan seguir acompañándose para siempre.